



Machiavello y el moralismo

Las acciones inapropiadas que llevan a cabo hombres, mujeres y niños en nuestra sociedad, son por un desconocimiento del significado de la moral, la ética y los valores.

En este pasaje Nicolás Maquiavelo, explica la diferencia entre moral, moralismo y los moralistas en relación al Estado y al poder, además de la práctica cotidiana.

Es incomprensible e inaceptable no hablar del significado de lo que es la democracia, el sentido de lo “malo”, mediocre para las mayorías, la trascendencia de saber lo que es el “yo” como principio de un individualismo colectivo, no separatista, de un principio de identidad, de nación, de república.

Intenta descifrar el daño que ocasiona la ignorancia, y los valores creativos y productivos que puede tener la disciplina de la atención.

Niccolo Machiavelli (1469-1527) Florencia

Secretario de la República de Florencia que en su libro *El Príncipe* nos ofrece los nuevos puntos de vista sobre el poder frente a la concepción medieval del Sacro Imperio Románico Germánico. Sin embargo, el derecho germánico hace de la Monarquía una entidad siempre sometida a los pactos feudales con la nobleza. A medida que nos acercamos al Renacimiento el recuerdo de Roma hace surgir el interés hacia el Derecho Romano, que robustece cada vez más la autoridad real. Son, naturalmente los propios reyes los que estimulan el estudio y la implantación del nuevo Derecho que dará origen a las grandes monarquías de la Edad Moderna.

De esta manera, Niccolo Maquiavelo presenta la necesidad de un Estado laico y fuerte cuyos fines están por encima de los intereses de la moral humana y que, naturalmente, no se considera unido a los demás pueblos europeos; por el contrario, El Príncipe debe aprovechar toda ocasión de robustecimiento o amplificación de su poder, incluso por la violencia o por la astucia. Maquiavelo es, pues, el inventor de los nacionalismos, con toda la trascendencia histórica que ello supone.

Maquiavelo, a usted se le atribuye, entre otras cosas, la invención de la "razón de Estado", la justificación de la astucia, del engaño, de la violencia, de una conducta que prescinde de las leyes morales del individuo. Esta doctrina nacionalista que considera lícita cualquier acción en beneficio de la colectividad inicia la tremenda historia de Europa, por el choque de los orgullos nacionales y cuya última explosión se debe a Adolfo Hitler, por no enumerar a otros más recientes...

Debe saber que, en el momento histórico que me tocó vivir, en el mundo cristiano estaba vigente un ideal de hombre perfecto que no puede existir en abundancia en un pueblo. Era un ideal limitado. Este ideal se encontraba parcialmente en algunos monjes, y en gente piadosa por el estilo, por lo que a mi modo de ver, ese montón de tristes criaturas no constituían al pueblo.

Para poder formar lo que es un pueblo convino ante todo echar fuera aquella dulzura de corderos, aquella vanidad que se ocupaba sólo de la propia persona, la amaba, la cuidaba y tenía siempre ante sí la imagen y la conciencia de la propia excelencia. A quienes alimentaron ese falso ideal, los hombres comunes y corrientes, les aparecían siempre afectados de debilidad y de corrupción, y les semejaba al mismo tiempo que aquel ideal era tan alto que no se podía traducir jamás a la realidad.

De tal manera que no encontré cómo admirar esa grandeza de ánimo, sino más bien que advertí que la propia corrupción consiste precisamente en quedarse mirando lo que llaman debilidades y errores y pecados o en menospreciar cuanto existe, porque el mundo verdadero, según ellos, es otro. El hombre que tenía semejantes debilidades y defectos quedaba inmediatamente absuelto de ellos, cuando no se les daba importancia. Y eso fue lo que hice. Mostrar una realidad distinta para el hombre que nacía.

¿Para ello usted se basó en una moral de Estado?

Sí, puedo decir que esos 'moralistas' eran criaturas incómodas si el mundo debía cerrarse al ámbito del Estado. Hoy en día el moralista no es aquel que confronta el comportamiento diario con un sistema de leyes aprobadas por la comunidad, porque mi deseo, de una u otra manera se ha cumplido. La ley de la civilización contemporánea se reduce a un solo mandamiento esencial: despreciar lo que hay bajo la superficie cotidiana, no menospreciar lo que existe, en una clara moral de conveniencia.

Porque, digamos que el moralista es el que crea de la nada, o mejor, el que de la apariencia inocente extrae la mitología del conflicto entre el Bien y el Mal, entre los ejércitos angélicos y diabólicos, por no decir maquiavélicos, (que ciertamente

es una distorsión sin límites en contra de mi persona), descubre batallas y pactos entre ambos bandos. Gracias a esta proyección sobre el fondo de una lucha ultraterrena el moralista juzga, establece distancias entre sí y los demás, su gesto es de lejanía, su tono helado o apasionado, pero nunca cómplice.

Maquiavelo, sin ir más lejos ¿de dónde nace el moralismo?

Usted quiere saber ¿cuál es la materia de la que se extrae la forma de vida moralista, que es precisamente semejante a la de los monjes o de los sectarios? Un sentimiento que desde todos los tiempos parece la quintaesencia del mal: el desprecio. Sí, de ahí puede nacer ciertamente la manía de la soledad, pero sin él el mundo se achata y ni siquiera podría haber, excepto aquel falso y pálido que se traduce en una benevolencia general, no aquel que se dirige a un ser particular, elegido entre todos.

El desprecio de los profetas no es, sin embargo, vanidad común: de la misma manera el cuarteto fue originalmente música de comedor, escrita para entretener a los señores durante las comidas, pero este origen no es ciertamente la esencia de los cuartetos de Mozart, de Hyden o de Beethoven. El arte nació como magia, pero después se convirtió en forma de conocimiento. La materia sentimental del moralismo está en el origen del moralismo, pero no constituye su esencia.

Por ello el moralismo de los contemporáneos no es casi nunca el de los profetas deseosos de recibir armas. Las condiciones del mundo obligan a no proponerse el fin antiguo de reunir a los dispersos en una comunidad, hoy utópica. Ya es obtener gran éxito conseguir dar un sentido a la propia existencia con ayuda del gesto alejador, del tono del desprecio. Sin embargo, los moralistas constituyen una comunidad monástica, aunque no ligada por las normas de un orden, ni unida a la proximidad cotidiana. Se trata lo que cada uno hace como actitud diaria, esto los une entre sí.

¿Piensa usted igual, sobre el mal o lo malo intrínseco en el hombre?

Los hombres ahora se vuelven malos y culpables porque hablan y obran sin darse cuenta del efecto de sus palabras y de sus acciones. Creo que son sonámbulos, no malvados. Conocí un poeta extremadamente sensible que se suicidó para evitar ver los horrores de una guerra.

¿Es una deserción hacia la muerte?

No, yo creo que tenía demasiada fantasía, por eso no podía soportar la guerra, que ante todo ha surgido de una falta extrema de fantasía.

Hoy en día uno se encuentra con hombres y mujeres con estandartes y banderas en son de protesta o porque salen de una asamblea ¿qué piensa de ellos?

Ellos son conscientes, están seguros de sí y de buen humor seguro. Dominan la calle y creen por eso dominar el mundo. Pero en realidad se engañan. A sus espaldas están ya los secretarios, los funcionarios, los políticos profesionales, todos los sultanes contemporáneos a los que ellos allanan el camino del poder.

¿No cree usted en la fuerza de las masas?

¡Dios me libre! Veo a esa informe y aparentemente incoercible fuerza de las masas que anhela ser domada y formada, al final de todo desarrollo y verdaderamente revolucionario aparece un Napoleón Bonaparte.

Entonces ¿usted no cree en ningún tipo de revolución?

En ese sentido no. Cuánto más se extiende una inundación, tanto más turbia y menos profunda se vuelve el agua. La revolución se evapora y no queda más que el limo de una nueva burocracia. Las cadenas de la humanidad atormentada están hechas de papel sellado.

Y del papel impreso de los periódicos o los medios masivos ¿también están sellados?

La manera de decir estar sepultado entre periódicos dibuja perfectamente la situación. El diario presenta los acontecimientos del mundo, piedra sobre piedra, basura sobre basura. Se trata de un montón de tierra y arena. ¿Qué sentido tiene? Ver la historia como un cúmulo de acontecimientos no quiere decir nada. Lo que cuenta es el sentido de los acontecimientos. Y esto no se encuentra en los periódicos, sino sólo en la fe y en la objetivación de lo que parece casual.

¿Es posible alcanzar el bien mediante el mal?

La fuerza que se opone al destino es en realidad una debilidad. La dedicación y la aceptación son mucho más fuertes. Pero el Marqués de Sade no pudo comprender esto.

¿De Sade? Usted no deja de sorprenderme...

Sí, sí, el Marqués de Sade, creo que es patrono verdadero y adecuado de la época que ustedes viven.

No me parece...

Pues, sí. Créalo. De Sade encuentra la alegría de vivir solamente en el sufrimiento ajeno, de la misma manera que el lujo de los ricos se paga con la miseria de los pobres.

¿Qué es la fe?, ¿usted la tuvo?

Creo que la espina dorsal del espíritu es la fe, y que ésta se ha roto. Y ¿qué es? El que la posee no la puede definir, y cuando uno la posee, su definición está gravada con la falta de gracia. Por eso el creyente no puede y el no creyente no debería hablar de ella. En realidad, los profetas hablan siempre de los soportes de la fe, nunca de la fe misma.

Y el amor ¿qué es?

Sencilísimo: amor es todo aquello que aumenta, amplía, enriquece la vida personal, hacia todas las alturas y todas las profundidades. El amor no es un problema, como no lo es un vehículo. Problemáticos son sólo el conductor, los viajeros y la carretera.

¿El yo y la moral son indisolubles?

El yo es la prisión en que el hombre se encierra en lugar de evadirse de ella, es la fuente de la avaricia, el deseo de acumulación, que es el gran purificador de la naturaleza fluida, la tentativa de atrincherarse fuera del destino. Si el yo no se expresa en relación a los otros, desde el punto de vista ético, podemos decir que es inmoral, porque se sustenta en el desprecio hacia los 'otros'.

¿Esto tiene que ver con un grado de atención?

Sí, porque una gran parte del sufrimiento que se encuentra en la vida está causado por la falta de atención. Cada día la ignorancia personal y la limitada comprensión dan lugar a problemas y situaciones difíciles. Sin embargo, si están atentos, lo negativo puede transformarse positivamente mientras que lo positivo ni se descuida ni se desperdicia. Si ustedes ejercitan la atención, encontrarán más fácil desenvolverse en cualquier situación, el trabajo será más fructífero y todos los demás aspectos de la vida más ricos y valiosos.

Una atención simple y clara, aplicada a toda la experiencia en el mismo momento en que se produce, los liberará de los errores emocionales que son la causa de tanta confusión y sufrimiento. Cuando surgen tendencias negativas amenazando con manifestarse, deben detenerse e intentar hacer una sola cosa a la vez, cuidadosa y completamente. Esto es la atención vigilante.

¿Usted conoció bastante de la condición humana, sus intrigas, pasiones, debilidades?

Sí, pero fui realista. Y esto me ha llevado a los consejos que le doy. No hace falta ser una persona religiosa para apreciar los beneficios de la atención, ya que además de aumentar la facultad espiritual puede llevarlos a una mayor felicidad mundana. A medida de que sean más conscientes de las necesidades y deseos de los demás, disminuirán las fricciones y los conflictos.

Esto puede parecer muy sencillo, pero esta modesta manera de practicar es de hecho muy difícil a causa de todas las dificultades que han creado. En este siglo XXI han fabricado demasiadas máquinas y desarrollado la tecnología, y como resultado se han complicado mucho más la vida, en vez de simplificarla. Todo lo que experimentan, les guste o no, es un producto de lo que han creado, incluidas las vidas tan ocupadas, activas y mundanas que viven. El antídoto contra todo lo que está mal y es demasiado complicado, es simplificarlo todo.

¿Cómo podemos conseguirlo?

En lugar de hacer varias cosas a la vez, hay que hacer una sola. Necesitan vivir más en el presente, en el ahora, en lugar de estar siempre pensando en lo que pueden estar haciendo o en lo que van a hacer después. El objetivo es adquirir paz mental. Cada uno debe hacerse responsable de lo que dice, hace o piensa, de la misma manera que un embajador lo hace por el país que representa.

De manera similar, la atención y la comprensión de una persona sabia no están restringidas a sus asuntos personales, ni a una idea del mundo rígida e inflexible. Con desapego y objetividad, las diferentes situaciones se ven con mayor claridad, tal como son, y se puede ser consciente de las necesidades y problemas de todo el mundo. Una conciencia compasiva de esta índole permitirá aplicar los medios apropiados y correctos según las necesidades de cada momento.

Así pues, la responsabilidad es tratar de aumentar la comprensión, considerar cada situación en su totalidad, desear ayudar a los demás con sus problemas y no tener una mentalidad estrecha. De esta manera todo el mundo se beneficiará.

Para concluir con esta parte, le diré que el proceso de domar la mente es como el adiestramiento de un caballo salvaje. Adiestrar un caballo requiere de gran cuidado. Si lo encerramos o lo maltratamos puede volverse inquieto, desquiciado o rebelde, y posiblemente le haremos más mal que bien, incluso puede volverse indomable. La actitud correcta es ser amable, suave y paciente, permitiéndole correr libremente de vez en cuando, pero no excesivamente. El caballo responderá favorablemente ante este trato amigable.

Aprenderá a fiarse de nosotros y acudirá cuando le llamemos, puesto que somos a la vez firmes y razonables, sin llegar a ser tan rígidos como para negar su espontaneidad natural. Para domar tanto a un caballo como a la mente, primero tienen que hacerse amigos. En ese sentido, tanto la compasión como la atención vigilante son vitales.

¿Ahondando un poco más en el humanismo, cómo ve ese concepto hoy en día?

Creo que el humanismo parece haber desaparecido. ¿Por qué? Porque no puede haber moral ni humanismo sin una nueva idea del hombre, de igual manera como lo planteé al inicio del Renacimiento, allí se dio un hombre nuevo, con sus fallas y conflictos, pero humanismo nuevo al fin. Creo que ustedes viven la derrota del humanismo, todo lo que lleva ese sello parece irritar, aburrir, repugnar, a una gran mayoría les parece que el arte y lo humano es superfluo; lo que sí arrasa es una corriente anti humanista.

Se puede entroncar con las revoluciones industriales y tecnológicas, y con el fenómeno consiguiente de la producción masiva de objetos y cosas, que lleve a un anti humanismo, pero estos adelantos no pueden explicar más que el aspecto horizontal, es decir, extensivo del problema, verticalmente, o sea, en profundidad, la devaluación del humanismo parece que debe atribuirse al predominio, en este inicio del siglo XXI, a las tendencias destructivas y mortuorias, por sobre las vitales y creativas, al culto de la fealdad, por sobre el de la belleza, hay una enorme confusión estética.

Es como si la humanidad, en el umbral quizá de una edad nueva, se hubiese sentido atraída de golpe hacia la muerte, más bien que hacia la vida: el consumo de drogas y alcohol en exceso, y de la violencia visual contribuyen a ese sentimiento.

Los campos de exterminio, no sólo nazis, sino los que se dieron en Irak, en Medio Oriente, y en distintos frentes del orbe, no hacen sino demostrar que los valores de la humanidad en los últimos cuatro mil años no eran más que humo y que se podía, si se quería, disipar en el viento este humo, lo mismo que el que salía de sus hornos crematorios.

Lo triste de esto es que hay muchos que quieren ignorar que a partir del nazismo, (aunque a mí se me culpe de iniciar los nacionalismos) éste no ha sido sólo una explosión de criminalidad insignificante, sino más bien una experiencia mortuoria muy coherente, aunque perfectamente negativa, tanto que se extiende con distintas estéticas, porque es un lenguaje en varias partes del mundo. Visto de esta manera, el nazismo ha sido la primera experiencia de gran anti humanismo, que continúa en diversas expresiones que ensombrecen más al mundo.

Por lo tanto, el mundo contemporáneo no tiene ni una idea del hombre ni un concepto del bien y del mal con qué hacerse un trampolín desde el cual lanzarse a una nueva ética o moral.

En cambio, ha llevado hasta el fondo la experiencia opuesta de la cual podría -paradójicamente- venir el moralismo, ha llegado hasta el fondo de la destrucción de todo humanismo y de toda posibilidad de indicar, aunque fuese con otros nombres y otros aspectos, el bien y el mal. Sin embargo, por una significativa contradicción, el desprecio, que es la primera condición del moralismo, no ha estado nunca tan difundido como hoy.

El mundo contemporáneo es, en resumen, un mundo de acusados en el que ninguno es o se siente digno de ser juez; un mundo de conformistas sin ningún modelo al que conformarse, un mundo de no-creyentes que, no obstante, creen en la necesidad de creer.

En el inmenso montón de escombros del antiguo humanismo, excavan pacientemente tratando de extraer y poner aparte aquellos materiales que no parecen totalmente consumidos e inutilizables. En otros términos y sin metáforas, se trata de hombres de buena voluntad que, entre las diversas restauraciones de derecha e izquierda, se dedican a una lenta y paciente reelaboración de una idea del hombre.

Tal vez de esta manera hallen un nuevo oasis, un nuevo concepto del hombre que proponer como modelo. Sin este modelo no es posible ningún moralismo ni ética. Ahora, este modelo no existe, todos desprecian a todos y todos saben que son dignos de desprecio. Pero no es arriesgado afirmar, como puede comprenderse fácilmente con la labor que usted realiza en estas entrevistas, como el de muchos artistas, investigadores, y maestros, que el trabajo de creación de un nuevo modelo humano, es decir, de un nuevo humanismo, ha empezado ya y no podrá menos que dar sus frutos en el devenir.

Texto de Maquiavelo

El Príncipe debe evitar ser despreciado y aborrecido

Habiendo hecho mención, desde luego, de cuantas prendas deben adornar a un príncipe, quiero, después de haber hablado de las más importantes, discurrir también sobre las otras, o por lo menos brevemente y de un modo general, diciendo que el príncipe debe evitar lo que puede hacerle odioso y despreciable.

Lo que más que ninguna cosa le haría odioso sería, como lo he dicho, ser rapaz, usurpar las propiedades de sus gobernados, robar sus mujeres, y debe abstenerse de ello. Siempre que no se quitan a la generalidad de los hombres su propiedad ni honor viven ellos como si estuvieran contentos; y no hay que preservarse ya más que de la ambición de un corto número de sujetos.

Un príncipe cae en el menosprecio cuando pasa por variable, ligero, afeminado, pusilánime, irresoluto. Ponga, pues, sumo cuidado en preservarse de una semejante reputación como de un escollo, e ingéniense para que en sus acciones se advierta grandeza, valor, gravedad y fortaleza. Cuando él pronuncie sobre las tramas de sus gobernados debe querer que su sentencia sea irrevocable. Últimamente, es menester que él los mantenga en una tal opinión de su genio que ninguno de ellos tenga no aún el pensamiento de engañarle ni entraparle.

Un príncipe tiene dos cosas que temer, es a saber: primero, en lo interior de su estado, alguna rebelión por parte de sus súbditos, segundo, por afuera, un ataque por parte de alguna potencia vecina. Se precaverá contra este segundo temor con buenas armas, y, sobre todo, con buenas alianzas, que él conseguirá siempre si él tiene buenas armas.

Pues, cuando las cosas exteriores están aseguradas lo están también las interiores, a no ser que las haya turbado una conjuración. Pero aun cuando se manifestara en lo exterior alguna tempestad contra el príncipe que tiene bien arregladas las cosas interiores, si ha vivido como lo he dicho, con tal que no le abandonen los suyos sostendrá toda especie de ataque de fuera, como ha mostrado que lo hizo Nabis de Esparta. Sin embargo, con respecto a sus gobernados, aun en el caso de no maquinarse nada por afuera contra él, podría temer que, en lo interior, se conspirase ocultamente.

La experiencia enseña que hubo muchas conjuraciones, y que pocas tuvieron buen éxito, porque no pudiendo ser sólo el que conspira no puede asociarse más que a los que creo descontentos. Pero, por esto mismo que él ha descubierto su designio a uno de ellos, le ha dado materia para contentarse por sí mismo,

supuesto que revelando al príncipe la trama que se le ha confiado puede esperar éste toda especie de ventajas.

Para reducir la cuestión a pocos términos, digo que del lado del conspirador no hay más que miedo, celos y sospecha de una pena que le atemoriza, mientras que del lado del príncipe hay, para protegerle, la majestad de su soberanía, las leyes, la defensa de los amigos y del estado, de modo que si a todos estos preservativos se añade la benevolencia del pueblo, es imposible que ninguno sea bastante temeroso para conspirar.

Si todo conspirador, antes de la ejecución de su trama, está poseído comúnmente del temor de salir mal, lo está mucho más en este caso. Porque debe temer también, aun cuando él triunfara, el tener por enemigo al pueblo, porque no le quedaría refugio ninguno entonces.

Concluyo de todo ello que un príncipe debe inquietarse poco de las conspiraciones cuando le tiene buena voluntad el pueblo, pero cuando éste le es contrario y le aborrece, tiene motivos de temer en cualquier ocasión y por parte de cada individuo.

Los Estados bien ordenados y los príncipes sabios cuidaron siempre de no descontentar a los grandes hasta el grado de reducirlos a la desesperación como también de tener contento al pueblo.